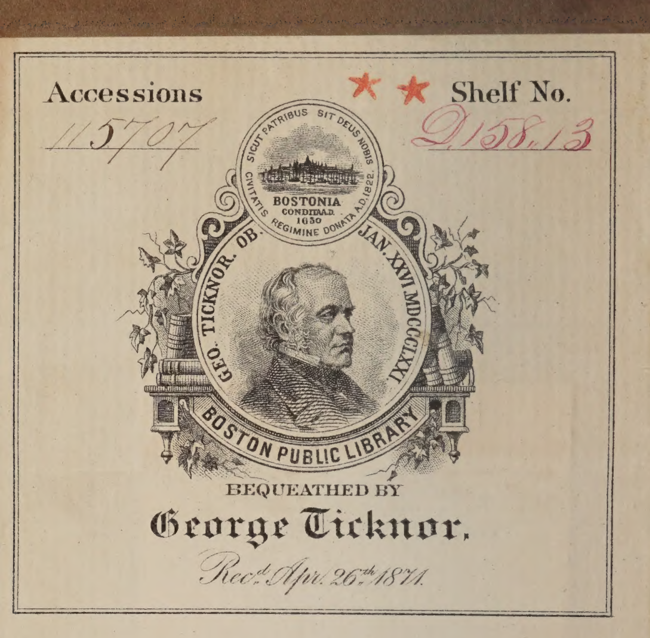



Accessions
115707
Shelf No.
D.158.13
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA
CONDITA A.D. 1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI. MDCCCLXXI.
BOSTON PUBLIC LIBRARY
BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Recd. Apr. 26th 1871.

LA BRUJA,

EL DUENDE

Y LA INQUISICION:

POEMA ROMÁNTICO-BURLESCO,

Y OTRAS COMPOSICIONES SATÍRICAS,

POR

Don Eugenio de Tapia.

SEGUNDA EDICION.



MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
calle de Segovia, n. 6.
═
1841.

ADVERTENCIA.

El favor dispensado por el público á esta obrita, y el pronto despacho que ha tenido la primera edicion de ella; han estimulado al autor á reimprimirla con mayor esmero tipográfico, en papel mas fino, y adornada con tres viñetas. Ninguna de las composiciones que comprende se halla inserta en la coleccion de poesias que el autor publicó en el año de 1832.

LA BRUJA,

EL DUENDE

Y LA INQUISICION.

CANTO PRIMERO.

Ven, romántica musa: ya de Horacio
renuncié á la doctrina, volar quiero
libre cual tú por el inmenso espacio
de la region sombría, lastimero
cantando brujas, duendes, quemadores
armados con la cruz... inquisidores.

Pasmoso en otros siglos fue el portento
de la bruja sutil que cabalgando,
no en hipogrifo alado, hijo del viento,
sino en caña flexible, al soplo blando
del nocturno Favonio, velozmente
voló de ocaso al contrapuesto oriente.

¡Así con fé pueril en grave historia
cien varones piadosos lo escribieron,
y notorio es tambien que en honra y gloria
de Dios grandes hogueras se encendieron
en los reinos católicos de Europa,
donde ardieron las brujas como estopa (1).

¡O culta Europa! que orgullosa ostentas
tu saber y tu industria creädora,
y en espléndido lujo te presentas,
cual Tiro un tiempo de la mar señora,
tambien esclava y desdichada fuiste,
y bajo el yugo del error gemiste.

El gobierno feudal con cetro duro
á tus hijos desnudos agoviaba,
mientras el aire con aliento impuro
ciega supersticion inficionaba;
y atroz rugiendo la discordia impía,
en yermo las ciudades convertia.

Pero en solemnidad ceremoniosa,
y en falsa ostentacion de celo santo,
se distinguió la inquisicion fogosa,
llevando por do quier ruina y espanto;
con su tremenda voz pasmó á la tierra,
y declaró al saber bárbara guerra.

Desnuda de razon y de clemencia,
sorda á la voz del Redentor divina,
que predicó la paz y la indulgencia
al pueblo pertinaz de Palestina,
dictó en la oscuridad sangrientas leyes,
que hubieron de acatar los mismos reyes.

(1) Véase la nota que está al fin del poema.

En vez de exhortaciones dió cadenas;
su tierna caridad era el tormento;
y mezclando la burla con las penas,
presentó al hombre en carnaval sangriento,
con erguida coroza y sambenito,
propio disfraz del tribunal bendito.

¿Ois? Las brujas míseras venganza
pidiendo están desde la fria tumba,
y su agudo clamor sin esperanza
en las oscuras bóvedas retumba:
no pactamos jamás con el demonio,
dicen; fue levantado testimonio.

Ni frotamos el cuerpo con unturas,
segun nuestros verdugos afirmaban,
ni en escobas volábamos á oscuras,
ni chupábamos niños que mamaban;
que si el vuelo á nosotras dado fuera,
la negra inquisicion no nos cogiera.

Y era verdad; las míseras no hicieron
pactos con el tirano del abismo,
y el delito mayor que cometieron,
sin renegar la fé del cristianismo,
fue mediar en los tratos femeniles,
cual corredor en compras mercantiles.

Empero sin igual desventurada
la que entraba una vez en la mazmorra;
que sino era en el fuego socarrada
como la gente impura de Gomorra,
quedábale por siempre un fiero espanto,
y materia tambien de amargo llanto.

Reinando en santa paz Carlos segundo,
azote de hechiceras y judíos,
cuando en el nuevo y en el viejo mundo
mostró el régio poder sus desvaríos,
en Compluto vivia cierta anciana,
vástago de mulato y de gitana.

De nariz aguileña, boqui-hundida,
de aguda barba y varonil bigote,
de pecho y de caderas escurrida,
color misto de oliva y de cerote;
y en la encorvada espalda este vestiglo
cargaba una decena y medio siglo.

En una humilde habitacion moraba,
contigua á un caseron desalquilado,
donde férreas cadenas arrastraba
un duende revoltoso y desalmado,
que en el pueblo fanático esparcia
el pánico terror y la agonia.

Todos hablan atónitos del duende,
y del triste crugir de la cadena:
cuando su negro velo al aire tiende
la noche, ¡qué pavor!... es alma en pena,
dice el uno temblando, otro es demonio,
y hace la cruz, é invoca á San Antonio.

Solo don Olegario está sereno
en medio de este universal espanto:
era don Olegario Calvatrueno
retirado oficial, bizarro tanto,
que en las guerras de Flandes infelices
se cubrió de gloriosas cicatrices.

Solo con su sirviente el veterano
vive tranquilo en militar pobreza;
que en este mundo frívolo y villano
de los héroes y sabios la riqueza
huye veloz, á derramar sus dones
sobre necios, judíos y poltrones.

Yo veré, dice, si de carne ó hueso
es la vision, ó espíritu impalpable,
si duende ruin de condicion travieso,
ó encantador maligno y formidable;
al que arrostró la muerte en cruda guerra
mil veces como yo, nada le aterra.

Del encantado caseron la llave,
pide á su dueño, que la da contento,
y al entregarla dice en tono grave,
Santiago os dé glorioso vencimiento;
muera ese duende que mi casa mina,
y no paga alquileres, y me arruina.

Él morirá, si cuerpo me presenta,
dice el guerrero ilustre, retorciendo
con mano descarnada y macilenta
el áspero bigote, era tremendo,
signo de pecho empedernido y fuerte,
anunciador de cólera y de muerte.

Lanzaba el sol desde el cenit brillante
su rayo abrasador, tiempo de holgura
en que todo español su devorante
gula saciaba; el héroe con mesura
al hambre va á pagar este tributo,
comun al racional y al torpe bruto.

Y durante el yantar estas razones
dice con gravedad al escudero:
preven el arcabuz y los colchones,
que en la casa encantada dormir quiero,
y ver si es duende, ó Bercebú con uñas,
con retorcidos cuernos y pezuñas.

Pero ni duende ni demonio oculto
allí se encerrará, segun malicio,
sino en feo disfraz humano bulto,
que mueve tanto escándalo y bullicio,
para que la ciudad tiemble y no vea,
mientras él con su ninfa se recrea.

Si fuere así, replica el asistente,
¿quién podrá disputaros la victoria?
Mas si en vez de un mortal impertinente
nos asalta un espíritu, ¿qué gloria
podemos esperar, qué noble palma?
Solo en pensarlo se me hiela el alma.

No os arriesgueis, señor; esas visiones
no se rinden á espadas ni arcabuces;
invulnerables son, con oraciones
se las vence mejor, hisopo y cruces:
buscar tales peligros es demencia,
y mas no estando pura la conciencia.

El capitan intrépido apurando
la postrer copa del licor bermejo,
y una mirada de traves lanzando
al que le dá tan tímido consejo,
con robusto pulmon que Baco inflama
responde así, como leon que brama.

Prepara el arma, corazon mezquino,
y llévala á la casa con el lecho,
ó por quien soy la bala que destino
contra el duende sagaz, se hunde en tu pecho.
No repliques, y marcha, que ardo en ira,
y rayo soy que destruyendo gira.

Centellaban los ojos del guerrero
cual relámpago ardiente en noche oscura,
y trémulo y confuso el escudero
á cumplir el mandato se apresura.
Carga el arma, y la lleva, y juntamente
el duro lecho, y el velon luciente.

La fama vuela, y con clarin sonoro
publica en la ciudad el árduo intento
del noble capitan: corona de oro
merece, claman todos, su ardimiento:
el que en Flandes de hereges era azote,
hoy se muestra rival de don Quijote.

Llega la noche en tanto, que no corre
tan veloz para el héroe cual quisiera:
por fin las diez anuncia allá en la torre
el sonoro metal. Vamos, Tronera,
dice, á dar fin del bullicioso duende;
y una linterna el escudero enciende.

Armados ambos de cortante acero,
por calle estrecha, en tenebrosa sombra
marchan; va el capitan firme y entero,
nada le hace temer, nada le asombra.
¡O valor! rica joya; ¡con qué envidia
miro al bizarro que en el campo lidia!

Las musas son cobardes, les aterra
el ruido del cañon, huyen la muerte;
pero solas no son, gente de guerra
hay tambien animada de esta suerte,
que huye, si puede, de la ardiente bala,
y prefiere el sosiego de una sala.

Pero ya el héroe en la mansion se interna
donde el trasgo despótico domina,
y al triste resplandor de la linterna,
á un salon cuadrilongo se encamina,
que el sirviente eligió para morada,
como punto mejor de retirada.

Entran en él, y se oye la cadena,
y un eco sordo de animal que ruge.
El bravo capitan con faz serena
prepara el arcabuz, la puerta cruge,
se abre de par en par, y se presenta
una fantasma erguida y macilenta.

¿A entrar donde yo estoy cómo te atreves?
Grita apuntando el oficial, y calla
la vision horrorosa.—Si te mueves,
doy fuego al arcabuz, el trueno estalla,
y sin que Bercebú pueda valerte,
presa serás de repentina muerte.

Dos pasos da el espectro, se dispara
el tronante cañon, y aquel sereno
mirando al arcabuz, cual si esperara
segunda vez el pavoroso trueno,
tiende su brazo, al capitan ofrece
una bala, y la arroja, y desparece.


CASTILLA



Mudo y estupefacto, cual viagero
que al llegar á las márgenes del Nilo,
entre espadañas y vapor ligero
ve al feroz y escamoso cocodrilo;
en inmoble actitud don Olegario
contempla este suceso estraordinario.

Trémulo el asistente, como reo
cuando al lugar se acerca del suplicio,
ase del capitan: de ese Asmodeo,
dice, huyamos, señor, por S. Patricio,
antes que vuelva, y nos abrase y hunda
del lago ardiente en la mansion profunda.—

Vamos; desengañado me retiro;
sin duda es habitante del infierno,
contra el cual nada vale humano tiro,
sino llama voraz de fuego eterno.
Enciende la linterna, y calla y guia.—
¡Yo delante, señor!... ¡Santa Maria!

Hasta que salvos al portal llegaron
tres veces la cadena resonó,
y tres veces los míseros pararon,
mas el duende sutil no apareció.
Vénse al fin en su albergue silencioso
libres del riesgo, en plácido reposo.

La mañana siguiente el escudero
refiere la aventura en el mercado;
jura que el duende es diablo verdadero,
alto cual pino, montaraz, barbado,
que traga balas, cual tarasca peras,
y las vuelve despues lisas y enteras.

Se hallaba en la ciudad fray Gil Borrego,
comisario sagaz del santo oficio,
de noble alcurnia, de nacion gallego,
predicador del rey con ejercicio,
que en sermones gerundios ostentaba
la inmensa erudicion que atesoraba.

Para indagar si hay mágia ó brujeria
llama á don Olegario, le pregunta
con gran misterio y cauta hipocresía,
propia de inquisidor que algo barrunta.
Largo el coloquio fue, pero en la historia
del siguiente final solo hay memoria.

En vuestro juicio, pues, el reverendo
dice, tomando un polvo gravemente,
la vision no era espíritu. Asi entiendo,
responde el veterano ya impaciente;
porque manos y pies, cual yo tenia,
y con blanco ropage se cubria.—

¿Y le apuntásteis bien?—Con mano firme,
y muerto hubiera en el instante mismo,
si para libertarle y confundirme
no viniera un demonio del abismo.
En él hizo la bala tanta mella
como la haria en la polar estrella.—

Tengo una presuncion: esa Catuja
que en un albergue humilde y accesorio
al caseron habita, será bruja,
transformará un jardin en purgatorio,
se hará vieja y varon, y espectro y duende.—
Padre, esclama el guerrero, usted lo entiende.—

Si os preguntan, callad; este es arcano
propio del santo tribunal.—Venero
al santo tribunal como cristiano,
juro callar á fé de caballero.
Acabada esta docta conferencia,
da parte al tribunal su reverencia.

CANTO SEGUNDO.

Vuela mi musa al tenebroso seno
del tribunal de corte sanguinario,
á descorrer con ánimo sereno
y diestra audaz el velo funerario
que oculta al implacable fanatismo,
monstruo abortado por el negro abismo.

En hondos calabozos aherrojados
tristísimos gemidos exhalaban,
los que á muerte afrentosa condenados
para el auto de fé se destinaban,
que el rey insano autorizar queria
en mengua de la hispana monarquia.

No hizo tanto Neron, bárbaro Cárlos;
él á Roma vió arder, tú en régia pompa
viste llevar tus hijos, arrojarlos,
al son del parche y de la ronca trompa,
á la llama voraz: ellos pedian
piedad, se la negabas, y morian.

¡Tiempos de maldicion! ¡Jueces sin ciencia,
bárbaras leyes, tenebroso juicio!...
por eso con satírica impudencia,
tratando un escritor del santo oficio,
calificóle asi; tres majaderos,
ante una cruz, y un par de candeleros.

Los tres inquisidores cortesanos
que de Alcalá el aviso recibieron,
se llamaban católicos cristianos,
pero sin seso y sin piedad nacieron:
al mas absurdo error asenso daban,
y por meros indicios condenaban.

A brujería el padre rubicundo
la aventura del duende atribuia;
y el negro tribunal, borron del mundo,
se inclina á su dictamen, y le envia
en forma comision, y un secretario
que haga pesquisa, y formen el sumario.

Llega el negro satélite á Compluto,
presenta al reverendo su diploma,
y este grave orador, del absoluto
gobierno apoyo y del poder de Roma,
á media voz y con sonrisa fiera
al secretario habló de esta manera:

Los hijos fieles del doctor de Aquino
de lejos cual podencos olfatean
los hereges, las brujas y el buen vino (1),
y en exaltar la fé su zelo emplean.
Yo que en la viña del Señor me afano,
descubriré el orígen de este arcano.

(1) Vinum et hæresim è longinquo olent. — *Monachologia.*

Pared en medio de la yerma casa
donde el trasgo diabólico alborota,
mora una vieja horrible; y aunque pasa
en opinion del vulgo por devota,
yo bruja la sospecho y hechicera,
que merece tal vez la ardiente hoguera.

Hoy cuando el carro de la noche oscur-
del cielo la mitad haya corrido;
hora en que huyen la paz y la ventura
al ronco son del pavoroso ruido;
la mansion de la vieja asaltarémos,
é infraganti quizá la cogerémos.

Nuestra escolta serán diez familiares
armados con pistolas: de conjuros
yo apercibido iré; que á centenares
se lanzen los espíritus impuros:
nada me arredrará, que soy tomista,
y acreditado estoy como exorcista.

Ejecutólo asi: cuando yacia
lánguido el orbe en plácido reposo,
y en el aire tranquilo no se oia
mas que el canto del gallo vigoroso;
de la triste muger pulsa á la puerta
la turba inquisitoria, y la despierta.

A la tremenda voz de la «Justicia»
abre la vieja mísera temblando:
aparece pintada la ictericia
en su rugosa piel, y el negro bando
al ver la mómia trémula en camisa,
apenas puede contener la risa.

Diríjese la turba al pobre estrado
de la humilde mansion; en el testero,
con seis grotescas sillas adornado,
luce una lamparilla en mal agüero,
ante una imagen rústica y mugrienta,
que á San Miguel y al diablo representa.

Apagad esa luz, el fraile clama,
no arde tal vez para alumbrar al santo,
sino al que está á sus pies sumido en llama
de eterna duracion, de horrible espanto:
sopla un esbirro, que soplon es diestro,
y muere al punto el luminar siniestro.

El cuadro descolgad, con voz sañuda
el reverendo añade, y la gitana
que hasta entonces estuvo absorta y muda,
lanza doliente un ¡ ay !... Gente inhumana
iba á decir; mas la contiene el miedo,
y el lábio sella con su enjuto dedo.

Descuelgan los esbirros la pintura
y aparece ¡ oh traicion! un agujero
enorme en la pared: reza y conjura
el fraile á media voz con rostro fiero;
invoca el secretario á Santa Clara,
y el familiar soplon su arma prepara.

Satana vade retro, repetia
el padre con fervor, y órdenes daba:
un sayon con intrépida osadia
montado en una mesa escudriñaba
la ominosa abertura; ¿ qué se ve?
pregunta el comisario de la fé.

Un oscuro cañon de chimenea,
el sayon le responde.—Ya cumplido
mi vaticinio veis: al punto sea
amarrada esa bruja; ha delinquido
contra la humana ley y el alto cielo,
por esa chimenea alzando el vuelo.

Van á atarla los bárbaros sayones,
y ella lanzando un mísero gemido,
que no ablandó tan duros corazones,
con desdentada boca, y un silbido
que á la voz acompaña balbuciente,
asi dice al borrego penitente.

¡Yo bruja, yo volar! No, padre mio,
no es tanta mi destreza; ese misterio
voy á aclarar; es todo un amorio:
vuestra paternidad sabe el imperio
que tiene una pasion, somos mortales,
de miserias cubiertos y de males.

Ese agujero, que se abrió en mi daño,
facilita la entrada á una cocina
de la contigua casa; ardid estraño
para hablar á una joven peregrina,
que inventó con astucia un fino amante,
travesura muy propia de estudiante.

Este es el duende que en la noche viene,
el que asido á los hierros de una reja
con su querida novia se entretiene,
el que á esta pobre solitaria vieja
da oportunos socorros en dinero,
con noble corazon de caballero.

Miente, clama fray Gil con voz de trueno,
si fuese un estudiante muerto hubiera
cuando el noble y valiente Calvatrueno
disparó el arcabuz ; y no volviera
con tal serenidad, sin hablar nada,
la bala misma del cañon lanzada.

Esa bala se estrajo sagazmente,
responde la gitana denegrida,
la tarde de aquel dia en que el sirviente
trajo el arma y el lecho : por mi vida
lo juro, solo pólvora quedaba
cuando don Olegario disparaba.

Arriba está don Luis, el disfrazado
duende que afirmará cuanto refiero.
Quédase el frayle atónito y cortado
á vista de su error, y con severo
rostro dice: ¡ el inicuo !... Me confundo:
Angélico doctor ¡qué falso mundo!

De centinela hasta que llegue el dia
quédense dos aquí: nos que tenemos
llave del caseron, en compañía
de esta muger diabólica, apuremos
la verdad, secretario. ¡ Vive Cristo,
que tanta iniquidad nunca se ha visto!

En la casa penetran encantada,
y llegando al salon donde al guerrero
se mostró la vision desapiadada,
torna á sonar en eco lastimero
la voz rugiente que la casa atruena,
y el áspero crugir de la cadena.

Don Luís , grita la vieja , ya es en vano :
todo se ha descubierto, sois perdido
si pronto no venís ; como cristiano
aqui os debeis mostrar arrepentido ;
temed de la justicia el brazo fuerte ,
venid por Dios , y evitareis la muerte.

Aparece don Luis en ferreruelo ,
y con plumada gorra : aqui estoy , dice ,
y mirándole el frayle ¡ santo cielo !
clama : ¡ tú en aventuras , infelice !
¡ tú de un inquisidor noble sobrino ,
culpable de tan ciego desatino !

Una pasion ¡ oh padre !...—El lábio sella ;
pasion con el disfraz de hechiceria ,
que asi las santas leyes atropella ,
es crimen comparable á la heregía.
Preso al convento ven , joven precito ,
con rostro humilde y corazon contrito.

Quédese aqui la vieja custodiada
por cuatro familiares : al convento
marchemos , secretario. La bandada
de cuervos obedece. Descontento
llega el frayle á su celda , y pide ansioso
el nectar de Caracas sustancioso.

Un lego que sus órdenes aguarda
armado de correa y de rosario,
mas digno de bozal y de una albarda
que de vestir el santo escapulario ,
le sirve el jicaron con una torta
hecha por sor Ines que le conforta.

Seis horas luego duerme en blando sueño ,
y al despertar el hambre le avasalla
y pide su racion con torvo ceño ,
y la mesa es un campo de batalla.
¡ Qué destrozo , gran Dios ! ¡ Cuál se recrea ,
y extático los tragos menudea !

Despues de reposar otras dos horas ,
lanzando gases de su boca ardiente ,
que cual flautas del órgano sonoras
retumban en el techo , al delincuente
manda comparecer y al secretario ,
y da principio al criminal sumario.

Pregunta veces mil al triste amante,
y cual si en las respuestas se gozára ,
inquiere , apura , estrecha ; el estudiante
unas cosas oculta , otras declara ,
hasta que satisfecho el reverendo
basta , dice , firmad ; ya lo comprendo.

Firma D. Luis , y el frayle se encamina
de la tierna doncella á la morada.
Huye la inquisitoria chamusquina ,
huye el frayle , si puedes , malhadada ;
que no va cual D. Luis á requebrarte ,
sino á hablar como juez y atormentarte.

Era una rubia virginal , hermosa ,
que tres lustros no mas cumplido habia ;
pura y lozana cual fragante rosa,
que halaga el aura en la floresta umbria.
Arde en amor con la violenta llama
que por primera vez un pecho inflama.

Guardábala un tutor zeloso y fiero
que á su mano aspiraba : en vano intentas
hacerte amar , insomne cancerbero;
mal conoces la niña á quien violentas ;
que amor le da contra la fuerza odiosa
el astuto saber de la raposa.

Entra el padre Borrego inquisitorio
en casa del tutor , que se estremece,
y cual ánima triste en purgatorio
angustiado pregunta : ¿qué se ofrece ,
padre ?—Que la pupila comparezca
ante mí á declarar , luego obedezca.

Marcha el tutor , y viene la pupila ,
como á voz de pastor mansa cordera :
viendo aquel aparato se horripila,
y el frayle contemplándola se altera.
¡ Oh mágico poder de la hermosura ,
que de tí la virtud no está segura !

Admira el comisario la escelencia
de la belleza humana , y loa al cielo ;
mas teme la ocular concupiscencia ,
y clavando los ojos en el suelo
empieza á preguntar; y la inocente
declara su pasion honestamente.

Torna el frayle á inquirir : ¿ ha habido hechizo
en este ciego amor , polvos ó yerbas
de bruja , encantador ó tornadizo ,
arte para perder almas protervas ?
No oculte la verdad , que es gran pecado,
y contra el santo oficio un atentado.

La doncella infeliz se angustia y llora,
y con trémula voz, no, padre, dice,
hechicera no soy ni encantadora,
ni conozco esas yerbas: si mal hice
en querer á don Luis, no es culpa mia:
resistir la pasion yo no podia.

¡Es tan bello y amable!...—Basta, basta;
no al mancebo alabeis con tanto gozo,
que la doncella pudorosa y casta
debe hablar con mesura y con rebozo.
El mérito cifrais en lo gallardo:
ese es mundano amor, loco y bastardo.—

Bastardo no, de enlace se trataba,
y temiendo al tutor que me pretende,
nuestro amor en la noche se ocultaba,
y por eso don Luis se fingió duende.
Podrá el pueblo decir que fué travieso,
pero culpable no de un grave esceso.

Gravísimo, infernal, ardiendo en ira
clama fray Gil, astucia del demonio,
padre del desenfreno y la mentira;
y no tratábais, no, de matrimonio:
era un amor de contrabando y reja,
debido á los hechizos de la vieja.

Nada de hechizos sé; piedad, ¡Dios mio!
Esclama la infeliz, y se desmaya.
Conmúevese fray Gil; un sudor frio
por sus venas circula: vaya, vaya,
á llamar al tutor, dice al escriba,
y que ningun sirviente lo perciba.

Quédase el padre sudoroso, inquieto,
mira á la desdichada, semejante
á estátua sepulcral: reza en secreto
cual si tuviese á Satanás delante:
de S. Anton recuerda las visiones,
la triste soledad, las tentaciones....

¡Oh virtud sacrosanta del desierto!
Allí entre riscos y silvestres fieras
al hombre animas penitente, y muerto
al mundano placer: ven, ¿á qué esperas?
Clama fray Gil, y hácia la puerta mira,
y ve entrar al tutor, y ya respira.

Agua vierte en la faz de la doncella
su necio guardador, y la reanima;
y volviéndose al frayle, se querella
de que á una tierna virgen asi oprima.
Contesta el padre bárbaro, chiton,
y temed á la santa inquisicion.

A esta palabra mágica enmudece
cual esclavo el tutor: fray Gil, bramando,
seguido del notario desparece;
y la doncella cándida temblando
llevadme de aqui, dice, y macilento
condúcela el tutor á su aposento.

Con sus indagaciones el Borrego
nada logra apurar; ni hechicería
encontrar puede el quemador gallego,
ni pacto con Satán, ni brujería;
sino el maligno ardid de un calavera,
de una niña el amor, y una tercera.

Torna á Madrid con el proceso informe
el escriba sutíl, y el santo oficio
al ver del necio frayle el hierro enorme
en suponer encanto ó maleficio;
usando ¡qué bondad! de su clemencia,
manda sobreseer, y asi sentencia:

Encerrada tres años la gitana,
con oracion, ayuno y disciplina
purgue su feo crímen: la liviana
doncella por un mes á la doctrina
se aplique en un convento; y desterrado
salga don Luis, por Nos amonestado.

La mísera gitana en el encierro
penitente espiró: los dos amantes
cumplen la pena del antiguo yerro,
júranse eterno amor, y son constantes:
con epístolas tiernas se solazan,
y en dichoso himeneo al fin se enlazan.



NOTA.

Por una bula del Papa Inocencio VIII, espedida en 1484 se impuso por primera vez la pena de muerte á toda persona convicta de sortilegio, brujería, maleficio ó pacto con el demonio; y para la sustanciacion de estas causas formó una Instruccion, ó formulario de enjuiciamiento, el presidente de la comision nombrada por el Papa para juzgar y sentenciar dichas causas.

Por los años de 1515 fueron quemadas en Génova 500 brujas en el espacio de tres meses: 1000 en la diócesis de Como, durante un año; en Lorena 900, de 1580 á 1595. En Francia fué tan grande el número de brujas quemadas en el primer tercio del siglo XVI, que un historiador de aquella nacion usa de estas palabras: *un número casi infinito de brujas.*

En Alemania no fue menor la carnicería: solo en Wurtzburgo se quemaron cerca de 200 personas, inclusos en este número algunos muchachos que no pasaban de nueve años. En Lindheim desde 1660 á 1664 pereció en las hogueras una vigésima parte de los habitantes.

La Inglaterra presentó escenas no menos horrorosas. Barrington en sus observaciones sobre uno de los Estatutos de Enrique VI calcula en 30000 el número de personas que fueron ahorcadas ó quemadas en aquella isla por brujería ó sortilegio en diferentes épocas, hasta que en 1736 se derogaron los antiguos estatutos penales contra aquellos imaginarios delitos, imponiéndose una pena mas

moderada, que es la de prision y *pillory* (1). *The Constitution of man, by George Combe.*

En España no se quemaron tantas brujas como en otros paises de Europa, porque se cebó la saña inquisitorial en los judíos, moriscos y hereges. Véase la Historia de la inquisicion por Llorente, y los demas autores imparciales que han tratado de este horroroso tribunal. En una obra francesa de crédito, impresa en Paris el año 1768, cuyo título es: Abrégé chronologique de l' Histoire ecclesiastique, se dice lo siguiente. «Los sediciosos asesinaron en la catedral de Zaragoza al inquisidor Pedro Arbues, que fue despues canonizado por el Papa Paulo III, á instancias de Carlos V. Los inquisidores procedian con tan escesivo rigor, que en un solo año condenaron á la pena de fuego en Valencia y otras partes mas de 2000 *personas.*» *Tom.* 3.°, *siglo XV, pág.* 117.

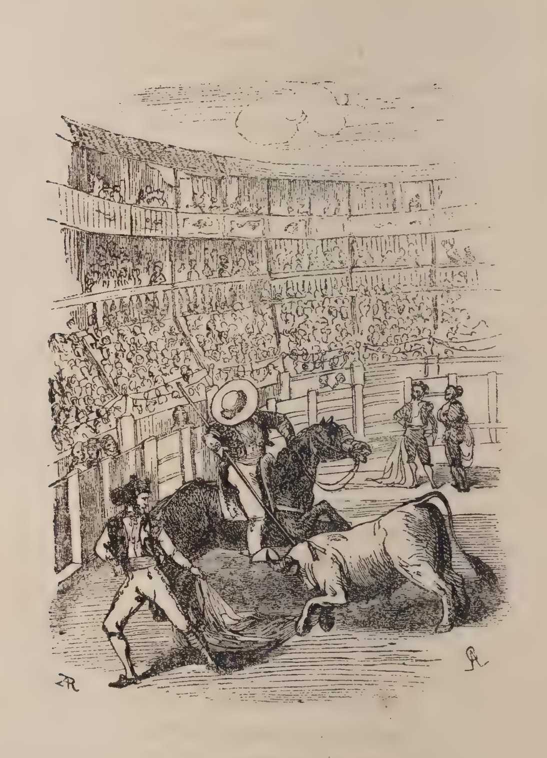
---

(1) Castigo propio de aquel pais, equivalente á lo que nosotros llamamos poner á la vergüenza.

LOS TOROS.

No me hables de Lóndres,
de Roma y Paris,
que toros no lidian
los hombres allí.
¡Dichoso el que puede
gozar en Madrid
funcion tan gloriosa,
que empieza en abril!
El lunes se huelga,
¡qué grato vivir!
Se come, se monta
en un calesin,
y al circo volando
van ciento, dos mil.
¡Qué ruido á la entrada!
¡Qué hirviente bullir!
Cual reses que salen
de estrecho redil.
Empieza el despejo
con pompa gentil,
y corre la plebe

famélica y ruin,
cual huye acosado
feroz jabalí.
Ya limpia la arena
se ve concurrir
del plácido Betis,
y el claro Genil,
vistosa cuadrilla
dispuesta á morir.
Tomando la venia
del gefe civil,
que manda la plaza,
se apresta á la lid.
Ya va con la llave
el listo alguacil,
le silvan, y corre,
y escita el reir.
Se da la señal,
y suena el clarin,
y se abre la puerta
del hondo toril.
El toro se arroja
furioso á embestir,
cual rayo que lanza
tronante fusil.
Sevilla el valiente
le espera al salir,
la pica enristrada
cual bravo adalid.
Al bote primero
clavó en la cerviz
el hierro, y la fiera
cedió sin herir.
¡Qué aplausos! No he visto



mayor frenesí:
¿qué valen las glorias
antiguas del Cid?
¡Mas ay! que el segundo,
cual torpe aprendiz,
ha errado la vara,
y piensa en huir.
El toro acomete:
¡ay pobre de tí!
En vano te agarras
ansioso á la crin.
El útil caballo
inerme, infeliz,
espira sangriento
en trágico fin;
y tú á las cornadas
ya temes morir,
llamando á la Virgen,
y al santo Crispin.
No tiembles, que Montes
sereno y gentil,
tendió ya su capa
color carmesí.
El toro te deja
y corre al carmin,
y búrlale Montes
con mágico ardid.
Entonces te mueves,
mirando al Cenit,
como una tortuga,
maton valadí.
Te ayudan, y tornas
pesado á subir
en otro caballo

mas ético y vil.
En tanto Sevilla,
como á un maniquí,
revuelve su jaco
de ardiente nariz.
El toro hace frente
escarba, y así
se miran, se amagan:
¡ o sabio Merlin!
Aquí de un encanto,
sino el adalid
es víctima triste....
No en vano temí;
venció cómo César
el toro malsin.
Caballo y ginete,
cual tierno alhelí,
sangrientos, postrados,
rodando.... Acudid,
pedestres toreros,
el riesgo está aquí.
Salvad á Sevilla,
que va á sucumbir.
Le salvan, ¡qué gloria!
Perece el rocin,
que en una tahona
pudiera servir.
Dos nuevos caballos....
¡Qué flacos venís!
Son galgos; no pueden
¡ay Dios! resistir.
Murieron: van cuatro....
¿Aun otros pedís?
¡O gente mas dura

que el turco Selin !
Ya basta: allá vuela,
cual raudo neblí,
con dos banderillas
el diestro Joaquin.
Al toro de frente
provoca á la lid,
y parte la fiera
cual rayo á embestir.
El hierro punzante
se clava: aplaudid,
que el toro da brincos
como un volatin.
Detras le persigue
ligero andarin,
que clava en las nalgas
el dardo sutil.
Mas ya toca á muerte
el ronco clarin;
con capa y estoque,
ufano de sí,
al triunfo glorioso
va el jaque: pedid
que el cielo le ampare:
¡ o buen matachin!
La suerte es adversa,
erraste, infeliz:
á un lado el estoque,
como un espadin,
pusiste.... ¡ Qué silbos !
te llaman servil:
es voz de la plebe,
ladrar de mastin;
ayer te aplaudia;

la plebe es así.
Te dan otra espada,
y vuelves á herir:
tropiezas en hueso,
estás muy rocin;
degüellas al cabo
en torpe desliz
al toro: requiescat,
tú logras vivir.

No siempre es el toro
un bravo animal:
lo mismo sucede,
hablando en verdad,
al hombre; este es manso,
y aquel montaraz.
Hay toros que temen
la vara fatal,
y nunca hacen frente,
y huyendo se van.
Contra estos bastardos
lo mas eficaz
es fuego; lo pide
el pueblo á la par,
con voz tronadora
de fuerte gañan.
Los cohetes estallan,
y el toro fugaz

bramando, brincando
de acá para allá,
traspasa la valla,
¡ o mísero azar!
La turba de chulos
y guapos, que está
gozando de cerca
la lid racional,
se aturde, se agolpa,
ve al toro detras.
¡Dios mio, qué cuernos!
¡Qué aspecto infernal!
Abrid esa puerta,
que va á destripar
un ciento, y la patria
de luto estará.
Ya se abre, y el toro
forzado á parar,
al circo se torna,
y allí con afan
de nuevo le punzan:
¡encono bestial!
¡ A un buey trata el hombre
con tanta impiedad!
A veces demanda
la plebe locuaz
los canes rabiosos
de fuego en lugar.
Dos perros de presa
con ansia voraz
se lanzan al toro,
y en pos otro par.
La fiera hace frente,
embiste, y un can

herido en el aire
se ve voltear.
En tanto los otros
con arte sagaz
se ciñen al cuerpo,
y presa hacen ya.
Sacúdese el toro
con fuerte bramar,
y deja dos canes
rendidos atras,
y hiere al tercero,
que duro y tenaz,
asido á la oreja
no cede jamas.
El toro le huella,
le punza, le da
cien vueltas: en vano,
parece inmortal.
Acuden los otros;
se aferra al ijar
el uno, cual tigre
ó lobo rapaz,
y muerde, y la sangre
comienza á brotar;
y el duro colmillo
parece un puñal.
El otro á la oreja
con fiero ademan
se tira, desgarra;
se ven centellar
sus ojos, cual fuego
de ardiente volcan.
El toro rendido
no puede acornar,

y brama, y de sangre
le corre un raudal.
Entonces terminan
su triste penar
la espada sangrienta,
y el hierro auxiliar,
que clava en la nuca
el diestro oficial.
Sonoras esquilas
se escuchan: mirad,
tres mulas galanas
corriendo á la par,
con sendos zagales,
que corren aun mas.
Se acercan, engancha
del muerto animal
los cuernos un joven
membrudo y audaz.
El látigo estalla,
y vuela el zagal,
y brinda la plebe
ruidosa y procaz.
Dejadme, ya basta,
dejadme escapar;
no quiero mas toros,
que angustia me dan.
Pisando el caballo,
sumiso y leal,
sus propias entrañas,
¿podré yo gozar?
A Dios, compatriotas,
me voy á Tetuan;
mas quiero ver monas,
que toros matar.

EL TEATRO.

No puedes figurarte, amado Próspero,
cuanto me place el género dramático:
cuando se anuncia al respetable público
por la primera vez nuevo espectáculo,
vuelo á tomar billete como el Céfiro,
aunque den apretones cien gaznápiros.
En especial si el drama es de los hórridos,
que docta multitud llama románticos,
compuesto por autor cual Dumas célebre,
á quien suelen llamar galo-vandálico.
Seis reales de vellon gasto económico,
si es la comedia de poëta clásico,
que entonces los asientos semi-rústicos
suelen estar desiertos como un páramo;
empero tres pesetas sin escrúpulo
desembolso cual rico aristocrático,
para ver y gozar en sillon cómodo
los bellos dramas del ingenio tártaro.
Ayer hicieron uno fiero y lúgubre
en seis actos partido, y no eran párvulos,
y del uno al siguiente en los intérvalos
se pudiera cenar: somos flemáticos.
Hubo decoraciones muy exóticas,
noche de tempestad, truenos, relámpagos,

convento, pantëon, ruinas y cárceles,
guerreros, brujas, capuchinos, cuákeros.
Si quieres un bosquejo de la fábula
no te le podré dar, porque en mi cálculo
para un drama á lo menos y dos óperas
sobraba material con aquel fárrago.
¿Qué memoria pudiera al primer ímpetu
abrazar aquel todo tan gigántico,
y luego en miniatura y en esdrújulos
darte razon en tono didascálico?
Faltaban ademas orden y método,
y el autor, que en las letras es anárquico,
volaba á su placer con libre péñola
sin motivar los incidentes rápidos.
Luego nos trasladaba en cambio súbito,
cruzando cual fragata el mar Atlántico,
de un mundo al otro, y al hogar doméstico
tornábamos ligeros como un pájaro.
Duraba la funcion seis años íntegros,
se mezclaba lo cómico y lo trágico,
hubo gritos horrendos, y yo mísero
saqué mi pobre chola como un cántaro.
Dicen que esto es sublime graves críticos,
y quien lo afirma en tono mas dogmático
es aquel don Hermógenes filólogo,
que ayer hablabla así.... ten calma y trágalo.
«Dichosa edad en que el ingenio intrépido
»corre sin trabas de la tierra el ámbito,
»y en el humano corazon metiéndose,
»las hirvientes pasiones mira extático.
»Toma un suceso de leyenda gótica,
»y forma un drama aterrador, fantástico
»que desde el Betis al helado Vístula
»mueve y penetra con efecto mágico.

»Ora se oye gemir doncella tímida
»perseguida atrozmente por un bárbaro
»sin conciencia ni ley, raptor de vírgenes,
»mas impuro y voraz que Sardanápalo:
»ora cubierto con horrible máscara
»un marido brutal derrama impávido
»la sangre de su esposa, á quien despótico
»un rey colmó de honores en su tálamo.
»Pero nada es igual en fuerza enérgica
»á una Lucrecia de inmorales hábitos,
»no como la romana que purísima
»abrió con el puñal su pecho cándido;
»estotra es furibunda cual Euménide,
»tan audaz y lasciva como un sátiro,
»que ama á su propio hijo con frenética
»incestuosa pasion... ¡amor satánico!
»ella delira, truena, tiene vértigos,
»y convida á un festin, y con vil ánimo
»da atroz veneno á los festivos huéspedes;
»y en medio de los brindis y los cánticos
»se ven aparecer horribles féretros,
»rezando el miserere frayles pálidos,
»que á bien morir ayudan. ¡O qué tétrico
»estaba allí el autor, que apotegmático!
»me horripilaba: en convulsion galvánica
»vi perecer lo menos ocho zánganos,
»y el mancebo querido, y la.... ¿qué término
»daré á esta furia del horrendo báratro?
»¡Lucrecia atroz! que se levante Sófocles,
»y á aprender venga el colorido trágico.
»Vosotros de otra edad, ingenios frígidos,
»mas que en noche de enero los carámbanos,
»nunca supísteis con el metro armónico
»pintar horrores, desgarrar con bárbaro



»furor el tierno pecho. Esta es la cúspide
»del humano saber, ¡oh pobres clásicos!»
Asi decia el sabio don Hermógenes,
contra quien sueles tu censorio látigo,
Próspero, levantar, y cuya crítica
en tu docta opinion no vale un rábano.
Acuérdome del dia en que impugnándole,
con grande sorna, y con semblante plácido,
¿á qué pintarnos tan horrendos crímenes,
dijiste, á qué escitar genios misántropos,
ardiendo en civil guerra la Península,
pasiones fieras, é irritar los ánimos?
Mas valiera purgar el suelo ibérico
de torpes vicios con ingenio cáustico,
y esgrimiendo las armas del ridículo,
zurrar bien la badana á tanto gárrulo;
al necio que se precia de político,
y se hace el sentencioso diplomático,
sin saber jota del derecho público,
ni de la historia patria un solo párrafo.
Azote duro al escritor hipócrita
que en bastardo lenguage galo-hispánico,
ostenta libertad y amor patriótico,
y todo es interes y amor metálico.
No faltará materia á cien satíricos
para cebarse y divertir los ánimos,
si quieren engolfarse en este piélago
que tienen tan revuelto los cismáticos.
Mas si un signo fatal, ¡o musa cómica!
te lanzó del salon escenográfico
para siempre jamás, y quiere Júpiter
que nos tornemos gótico-románticos;
no vayais á buscar, ingenios mímicos,
que pensais escribir para los páparos,

allá en el horizonte septentriónico
sombras, horror, sangrientos espectáculos.
Aqui en el suelo hispano, tierra clásica
de amor y de portentos, tendrá pábulo
constante vuestra musa. Aquí los árabes
os darán mil asuntos mas dramáticos.
Su tierno amor, sus orientales fábulas,
de un alcázar brillante el lujo asiático,
donde las perlas y diamantes índicos
brillan como lucero en cielo diáfano;
el noble pundonor de gente gótica,
que en incesante afan siguiendo el lábaro
de la sagrada cruz, el sarracénico
yugo destroza del emir fanático:
los terribles encuentros, las frenéticas
pasiones de dos pueblos antipáticos,
ambos de ardiente corazon, intrépidos,
duros, terribles, y á la par magnánimos:
esto interesa mas, genios prolíficos
del Parnaso novel, que ese catálogo
de dramas novelescos soporíferos,
que delirios semejan de somnámbulos.
Asi animado tú de amor patriótico,
Próspero, hablabas; y el congreso apático
bostezaba al oir tus doctas máximas,
como en largo sermon pueblo selvático.
No te canses, amigo; es fatal época,
habremos de sufrir penosos tártagos,
aguantando en la escena hermafrodítica
monstruos de dos especies enigmáticos.
veremos derramar, cual en patíbulo
de horrenda guillotina, sangre á cántaros,
lamentarse el actor con frases gálicas
juntas al español en necio diálogo;

veremos... ¿qué sé yo? demonios, ángeles,
el juicio postrimero, el negro Tártaro.—
¿Y qué diré del edificio escénico,
propio en todo rigor para funámbulos,
fundado en calle estrecha, sin un pórtico
donde abrigarse, y esquivar el rápido
movimiento de un coche? ¡O gente estúpida
entronizada en el pescante elástico!
¡Cómo atropellas al pedestre mísero,
como enarbolas el sonante látigo!
en la puerta las gentes amontónanse;
penetrar quiero, y el tropel tiránico
me estruja, me rebienta; casi exánime
paso el umbral, vencido ya el obstáculo.
¿Qué me espera despues? Un olor fétido,
y á guisa de caverna un largo tránsito,
que con dudosa luz y aire mefítico
conduce á los asientos diplomáticos.
ya estoy en la luneta: ¡suerte pícara!
tocóme un mal asiento; voto al chápiro.
entra despues que yo fornido sátrapa,
presenta un barrigon rotundo, báquico,
cual de una iglesia la elevada cúpula,
y al verle á par de mi sufro cual Tántalo.
encojo cuanto puedo el flaco estómago,
él resopla ruidoso como el ábrego,
y enderezando á mí la mole esférica,
se adhiere mas, é inmóviles quedámonos.
Hace un esfuerzo al fin el prócer sólido,
y retira el enorme tabernáculo,
y pasa, y libre soy: ¡qué sudorífico!
si dura mas espiro como náufrago.
Próspero, ¡qué estrechez! Cuando el artífice,
contra sana razon y el gusto itálico,

construyó este embrïon arquitectónico,
¿eran los españoles como sábalos?
Mientras yo me repongo de las náuseas
que me excitó el gastrónomo fantástico,
en la grande *cazuela*... ¡voz ridícula!
como si el bello sexo amable y plácido
fuese potage vil, expuesto al público
en loza de Alcorcon: somos románticos...
en la cazuela, digo, horrible estrépito
se oye y voces agudas en son áspero,
cual suele D. Cristóbal en los títeres
agitarse y chillar como lunático
¿y qué han de hácer, amigo, aquellas míseras
en estrecho lugar inmundo y cálido,
cual en barril arenques saladísimos,
comprimidas, prensadas? ¡O selváticos!
los que á las hembras adorais cual ídolos,
los que su amor gozais tiernos y lánguidos,
¿cual triste cuadro de afligidas ánimas
podeis mirarlas con enjutos párpados?
De allí aparto los ojos, y volviéndolos
á mas digno lugar, defectos bárbaros
hallo tambien, los palcos estrechísimos,
con luz escasa, con olor de pábilo:
tiendas semejan de tratante mísero,
que hace en la feria su mezquino tráfico.
Aun te pudiera hablar de otros desórdenes
que en la escena se notan con escándalo;
empero basta ya para una epístola,
y me canso ademas de buscar dáctilos.



LA TERTULIA DE LA ALDEA.

A convalecer de un asma
que le atormentaba el pecho,
el cortesano Dalmiro
marchó de Castilla á un pueblo:
y por solazarse un rato
en su duro cautiverio,
escribe á Floro, y le cuenta
sus mezquinos pasatiempos.
Mientras tú, dice, en la Corte
gozas de tantos recreos;
yo en la tertulia del Chato
á lo patan me divierto.
Es el Chato un hombre gordo,
primer alcalde del pueblo,
que empina el jarro, y se duerme
en la sesion del Concejo.
Luego que tiende su manto
la noche del crudo invierno,
al resplandor de las teas,
que dan luz y grato incienso,
acuden los tertuliantes,
y ante todos el barbero,
cuya sonora guitarra
es el alma del festejo.
En pos llega D. Patricio,

sabio y respetable médico,
que á todos cura sus males,
salvo los que mueren de ellos:
Inexorable y ceñudo
tambien acude el maëstro,
que es verdugo de los niños,
cuando no le dan dinero.
Preséntase el escribano,
que es decidor y travieso,
y con él dos regidores
y otros honrados zopencos.
Falta bosquejar ahora
brevemente el otro sexo,
cuyas gracias dan reälce
á este animado congreso.
Fresca, rolliza y ufana,
gran narradora de cuentos,
es Leonarda la alcaldesa,
á quien estimo y respeto.
Es su rival la escribana,
vivaracha, de ojos negros,
muy aficionada á chismes,
y aun mas á los largos pleitos
La médica varonil,
alta, de color moreno,
entre aquellas sobresale,
cual cipres junto al romero.
Ya he pintado las tres Gracias,
y á las otras ninfas dejo;
porque en verdad son tan feas,
que al mirarlas me estremezco.
Completa ya la tertulia
se dá principio al concierto;
pulsa la lira el rapista,

y todos guardan silencio.
Cuatro gallardas parejas
salen á lucir sus cuerpos;
manchegas piden, y ajustan
el liso crótalo al dedo.
Canta el barbero una copla
con bronca voz de becerro,
y comienza alegremente
el ruidoso taconeo.
Sigue el canto, en raudas vueltas
giran mozas y mancebos,
y álzanse nubes de polvo,
y todo es cäos y estruendo.
Destémplase la guitarra,
que ya parece un cencerro,
y los danzantes rendidos
se tornan á sus asientos.
Para reparar las fuerzas
circula en vez de refresco
vino tinto en verdes vasos,
y á veces sucios buñuelos.
Juegos de prendas al baile
siguen, y luce su ingenio
el alcalde presidente
que grita, «Anton Perulero.»
A su voz mágica todos,
formando vistoso cerco,
van á imitar varias artes
en contínuo movimiento.
Este con puño robusto,
remedando al sucio herrero,
machaca duro, y le sirven
de yunque sus propios huesos.
Aquel imita con gracia

al mañoso pastelero,
que es oficio socorrido,
y célebre en estos tiempos.
Sangrador el escribano
se hace ¡feliz pensamiento!
porque es fama en la provincia
que sangra bien á los pueblos.
El médico muy sensato
imita al sepulturero,
que en abrir fosas profundas
todos le suponen diestro.
En el rescate de prendas
hay grande bulla y contento,
y felices ocurrencias
de los patanes traviesos.
Luego que en la torre avisa
el reloj con golpes lentos,
que es ya llegada la hora
del descanso y del silencio,
se despiden las pafurdas
con ruidoso cotorreo;
todas á la vez accionan,
y todas hablan á un tiempo.
Menos locuaces los hombres
calan montera ó chapeo,
y en lacónica nobleza
dicen, á Dios, caballeros.
Esta, Floro, es la tertulia
del Chato puesta en compendio,
rústica, pero heredada
de sus honrados abuelos.
Fastidiado y aburrido
tiéndome en el duro lecho;
y cuando empieza á arrullarme

blandamente el dulce sueño,
de repente loca turba
de enamorados mozuelos
con necio canto y relinchos
interrumpe mi sosiego.
Al son áspero y seguido
de un guitarrillo parlero
lanzan á sus Maritornes
piropos en toscos versos.
A la música acompaña
el ladrido de los perros,
y hasta que despunta el alba
no cesa el dulce concierto.
Convídanme á una partida
de campo; ¡cuánto padezco!
allí cual lobos devoran,
y beben como tudescos.
Amigo, mas quiero el asma:
á Madrid, Floro, me vuelvo;
y si me entierran, paciencia,
no veré mas lugareños.



LA NUEVA NOMENCLATURA

GALO-HISPANA.

Dice, caro amigo,
Fabio el cortesano,
que es el castellano
pobre en la diccion.
¡Mira qué aprension!

Y él del estrangero
voces nuevas toma,
funde nuestro idioma,
y hácele gascon.
¡Mira qué aprension!

Clase y gerarquía
voces son del moro;
rango es mas sonoro,
dice el fantasmon.
¡Mira qué invencion!

Él ha introducido
notabilidades,
y capacidades,
y cotizacion.
¡Mira qué aprension!

Usa financiero
si habla de la hacienda,
no hay quien le comprenda,
todo es confusion.
¡Mira qué invencion!

Entrome en la bolsa,
háblanme de prima,
Lucas se me arrima,
pídeme un cupon.
¡Mira qué aprension!

Zoilo el periodista
sigue la reforma;
quiere dar la norma
en la locucion.
¡Mira qué invencion!

Llama á sus rivales
seres refractarios,
puros doctrinarios,
gente de fusion.
¡Mira qué aprension!

Brilla en la polémica;
si alguien su honor mancha,
toma la revancha,
ruge cual leon.
¡Mira qué invencion!

Club llama á la junta,
ve la trama sorda,
óyele que aborda
franco la cuestion.
¡Mira qué aprension!

Él nada pretende,
los ministros huye,
y se constituye
en la oposicion.
¡Mira qué invencion!

Hay en la política
marcha acelerada,
marcha retardada,
y emancipacion.
¡Mira qué aprension!

Hay oscurantismo,
tabla de derechos;
hay rampantes pechos
hijos de opresion.
¡Mira qué invencion!

¿Ves los corazones
como fraternizan?
Todos simpatizan,
todo es efusion.
¡Mira qué aprension!

¿Dices que no entiendes
esta algarabía?
Hombre, si es del dia,
lengua de fusion.
Ya que la estrangera
hueste allá no asoma,
hay en el idioma
franca intervencion.

LA VARIEDAD.

Per troppo variar
natura é bella.

El aforismo italiano
es verdadero, á fé mia,
si quieres gozar, varía
en este mundo liviano.
España ofrece un modelo
de variedad: ¡cuántas gentes
de costumbres diferentes
ha visto en su fértil suelo!
Varios fueron sus señores,
cartagineses, romanos,
vándalos, suevos, alanos,
godos, y moros traidores.
Tuvo á la vez reyes mil,
cristianos y sarracenos,
malos, medianos y buenos,
desde el Deva hasta el Genil.
Hubo reyes de Leon,
de Navarra, de Castilla,
de Galicia, de Sevilla,
de Córdoba, de Aragon.

De Murcia, de los Algarbes,
de Valencia, de Almería;
y toda esta algarabía
fue debida á los alarbes.
Hubo en Vizcaya señor
de casa solar y rica,
y só el arbol de Garnica
fue el pueblo legislador.
Hubo condes estrangeros
en la insigne Barcelona,
raza feudal, valentona,
terrible en sus desafueros.
España, que la coyunda
recibió de tantos reyes,
en sus códigos de leyes
ha sido la mas fecunda.
Fuero juzgo, fuero real,
fuero viejo de Castilla;
cada ciudad, cada villa
tuvo código foral.
Leyes de Estilo, Partidas,
el antiguo Ordenamiento
de Alcalá... ¿qué entendimiento
abarca tantas medidas?
Y luego por conclusion
el fárrago amontonando,
vino, leyes disparando,
la gran Recopilacion.
Creció la mole estupenda
con los autos acordados,
y los pobres abogados
sudaban con tal molienda.
Luego pragmáticas reales,
y decretos sin guarismo:

¡Válgate Dios qué embolismo
para los pobres curiales!
Pues de trages en materia
¿dónde hubo tal variedad?
¡O qué grata amenidad
si se pusiesen en feria!
Impúdicos zaragüelles
viste el sutil valenciano,
que en el fogoso verano
le sirven de adorno y fuelles.
Gorro lleva el catalan
largo, tosco, rubicundo;
y aunque el sol abrase al mundo,
con gorro sigue en su afan.
Media azul y gran sombrero
usa el terco aragonés,
y el pecho al aire le ves
aunque reine el crudo enero.
¡Braga morisca y chapeo!...
por cierto lindo retrato:
está chulo el maragato
con este trage en paseo.
Con coleto castellano,
del tiempo de Carlos quinto,
puesta la vara en el cinto,
bien campea el segoviano.
A par de él un andaluz
con chupita de alamares,
viene, quitando pesares,
de la tierra de Jezuz.
Cada provincia de España
es un reino diferente
en usos, costumbres, gente,
que entre sí parece estraña.

De un andaluz á un gallego,
de un murciano á un alavés,
mayor diferencia ves
que de un gascon á un noruego.
Mas de tanta variedad
¿al fin qué fruto sacamos,
si á este gran todo no damos
la conveniente unidad?



EL ESCRITOR MALDICIENTE.

Imitando á fray Gerundío
Pedantino el deslenguado
los estudios ha dejado,
y se ha metido á escritor.
¡Ay demonio de señor!

Él no sabe ciencia alguna,
ni humanidades siquiera,
y con tan pobre mollera
pretende ser orador.
¡Ay demonio de escritor!

A un periódico abastece,
y á fuerza de petulancia
quiere suplir su ignorancia
echándola de doctor.
¡Ay demonio de señor!

Ora toma por su cuenta
al caudillo que derrama
su noble sangre, y le llama
cobarde, necio y traidor.
¡Ay demonio de escritor!

No sabe sumar, y escribe
de economía y de hacienda:
¿habrá cristiano que entienda
la jerga de este hablador?
¡Ay demonio de señor!

Llama pícaro al ministro
que no le ha dado un empleo:
no le anima otro deseo
que hacerse rico y señor.
¡Ay demonio de escritor!

A reformar los estudios
su pluma de ganso vuela,
el pedante de la escuela
se vuelve fiero censor.
¡Ay demonio de señor!

Él solo entiende de planes,
á todos bárbaros llama;
las desvergüenzas derrama
como arriero jurador.
¡Ay demonio de escritor!

El mayor deleite en suma
de este animal furibundo
es tratar á todo el mundo
como al toro el picador.
¡Ay demonio de señor!

Pero ya le vuelve el mundo
las tornas, y le desprecia,
y llama á su pluma necia,
y á él insulso detractor.
Vaya al diablo el escritor.

